

Allá arriba, en la Mesa de los Tres Reyes

Sentado en un apartado lugar de La Mesa de los Tres Reyes contemplaba admirado y emocionado aquel fuerte núcleo de montañeros del País vasco-navarro, que en maravilloso gesto de hermandad confraternizaban junto a la recién bendecida estatua del andariego Apóstol de las Indias.

Muchas y muy duras habían sido las fatigas experimentadas hasta haber logrado el apetecido final que en aquellos momentos se desarrollaba. Pero todas ellas las dábamos por bien pagadas a la vista del grandioso espectáculo que ofrecía esta cumbre pirenaica.

Echando una ojeada retrospectiva iba desgranando aquella cadena de recuerdos vividos varias semanas atrás. Reuniones continuas, estudio de mapas, esporádicas escapadas a Belagua para encontrar un camino más factible del que hasta ahora se seguía para el acceso a la Mesa. Una de nuestras mayores preocupaciones de entonces era el peso de las piezas de la estatua y la falta de agua en puntos cercanos a la cumbre.

En la madrugada del día 20 de Julio salíamos en un autobús veinticuatro ilusionados montañeros, entre los que se encontraba el escultor, camino de Belagua. La estatua iba en diez piezas y el peso una con otra, de unos veinte kilos. Cuatro sacos de cemento, barras de hierro, herramientas, tiendas y comida para seis días, amén de 5 bidones de 12 litros cada uno para el agua. Todo esto quedó horas más tarde al pie de la borda de Pedregón.

Días antes habíamos solicitado de la Alcaidía de Isaba la contrata de ocho o diez caballerías que habían de encargarse de subir todo este abigarrado cargamento, hasta donde les fuera posible.

En la borda de Pedregón esperaban tres caballerías... que era el total de las que podíamos disponer. Y allí, ante aquel heterogéneo montón de cosas para cargar, salieron al aire de Belagua nuestros primeros sudores.

Conseguimos otra caballería, cedida esta, incondicionalmente, por las fuerzas de carabineros, lo que sirvió para que se nos abriera un poco nuestro oprimido ánimo. Desgraciadamente aquella alegría fué ridículamente corta, como se verá enseguida.

En principio cargamos las piezas de la estatua, parte del cemento y comida, haciendo caso omiso a las airadas protestas de los muleros que creían excesivo el peso a que se les sometía a las caballerías. Lo que no se pudo cargar en los mulos fué a parar a nuestras costillas, quedando el resto en la borda para subirlo al día siguiente.

Poco antes de llegar a la famosa cueva de Anchomarro la caballería conducida por el carabinero dió un resbalón precipitándose monte abajo y dando cinco vueltas de campana, dió con sus huesos y su correspondiente carga, en medio de un espeso bojedal. Ante el asombro del carabinero que ya la veía despanzurrada ésta pudo salir libremente aunque con varias heridas; las suficientes como para no poder continuar la ascensión. La carga se quedó para el día siguiente...

En el collado de Larrería otro de los mulos se arrojó al suelo rompiendo dos piezas de la estatua. Los dueños de las caballerías se negaban a seguir adelante por lo que decidimos cargarnos con las piezas, cemento, etc. Pero quizá un tanto avergonzados al vernos con aquella carga, o quizá también por el «rapapolvos» que tuvieron que oír, es el caso que decidieron seguir algún tiempo más.

Instalamos el campamento junto a la Majada de Lapaquiza, continuando las caballerías hasta el borde de La Solana, punto donde descargaron las piezas, regresando inmediatamente al Valle.

Al amanecer del siguiente día iniciamos nuestra primera ascensión hacia La Mesa. Recogimos las piezas, cemento y herramientas. Los bidones los habíamos llenado en el campamento, resultando de lo más incómodo su transporte debido a las oscilaciones producidas por el agua.

Lentamente descendimos al fondo de La Solana para a continuación, ascender el duro repecho de la ladera del Budoguía. El último trozo de La Mesa fué terrible debido a la poca estabilidad de las rocas y a lo difícil que resultaba asirse con una sola mano a los agarres. A primeras horas de la mañana todas las piezas de la estatua se hallaban en la suspirada cima de 2.434 m.

Hacia mucho frío en la cumbre; las nieblas se habían filtrado por el risueño valle de Lhurs y trepaban por las áridas paredes del Anie, Pene Blanco y Petrechema. Rápidamente se dió comienzo a los trabajos preliminares, bajo la dirección del escultor. Mientras unos ayudaban a éste a hacer la cimentación otros recogían gravilla y descendían a los neveros para llenar los bidones. Esto último resultaba exasperante, ya que costaba una hora llenar cada lata. Cantimploras, vasos y hasta platos se distribuían bajo las negras y frías bocas de los neveros con el fin de ayudar a llenar los bidones.

Al atardecer y bajo un ruido ensordecedor producido por los truenos se abandonó el pico. Estábamos satisfechos de nuestra primera jornada. La cimentación estaba hecha y si el tiempo nos era propicio podríamos terminar la estatua antes de lo previsto.

Durante la noche se desarrolló sobre el campamento una tormenta espantosa. Agua, granizo y nieve juntamente con un ventarrón endiablado que amenazaba arrancar de cuajo las tiendas; fué el triste espectáculo que duró hasta el amanecer. A hora temprana cesó un poco la lluvia, lo que fué aprovechado por cinco montañeros para regresar a Isaba, pues sus ocupaciones no les permitían permanecer más tiempo con nosotros.

Estaba visto que este día habíamos de emplearlo en profundo y forzado reposo. Durante todo el día no cesó de llover. Comenzaron las goteras a hacer acto de presencia haciendo insoportable la permanencia en las tiendas. Ni tan siquiera nos quedaba el recurso de la bota, ya que el rico y confortante mosto fué engullido por la tierra cuando aquella caballería tuvo la mala ocurrencia de despata-rrarse... No se podía hacer fuego. Rancho en frío; tocino crudo, sardinas y mermelada. Y sin pan; porque el encargado del suministro no tenía intención alguna de subir con aquel temporal.

Otro amanecer y una esperanza nueva. Asomo la cabeza el exterior de la tienda para observar el tiempo. Mucha niebla y mucho frío. Pero no llueve. Esto ya está mejor.

Se abrigaba el temor de que la lluvia y nieve hubiera inutilizado el cemento dejado en la cumbre al abrigo de unas rocas. No obstante, como era insuficiente descendieron dos montañeros al valle en busca de más. En los

neveros fueron recogidos los bidones —ya llenos— dejados el primer día. La mitad del cemento se hallaba estropeado, pero podíamos arreglarnos con el resto mientras llegaba el de Belagua.

Colocación de la primera pieza dentro de la general espectación. Durante este día fueron colocadas tres piezas más, saludadas cada una de ellas con la más ingenua algarabía. Al igual que el primer día dieron comienzo los truenos cuyos ecos se extendían a todo lo largo de los Pirineos. Desde luego resultaba poco tranquilizador permanecer al pie de las verticales barras de hierro, de más de dos metros de altura, que iban por el interior de las piezas. Afortunadamente aquello duró muy poco ya que la tormenta desapareció en otra dirección.

Otro y último día en la Mesa. Descensos continuos a los neveros, recogida de grava y composición de mortero bajo la experta dirección del artista. Cuando colocábamos la cabeza de Xavier apareció un grupo de jóvenes exploradores franceses al mando de un comandante. Ni qué decir tiene el asombro que les produjo el ver aquella estatua y aquel grupo de rostros barbudos quemados por el sol y el aire.

Nieblas que surgen violentas, que se extienden y agigantan enlazándose unas con otras en grotesca danza hasta esfumarse por encima de nuestras cabezas. Y un apretado mar de nubes que en movimiento de cámara lenta va penetrando por el tranquilo valle cubriendo los verdes pastizales y lamiendo las irregularidades de las montañas hasta ocultar la majestuosidad esplendorosa del paisaje pirenaico.

Dos pastores trepan por una de las aristas de La Mesa y se acercan silenciosos hasta la imagen de San Francisco. Uno de ellos se alza de puntillas y deposita un beso en la fría mano del Santo. Después quiere dejar unas monedas en el buzón alpino en la creencia de que aquello está destinado para recoger limosnas...

Una última mirada hacia atrás. Allá arriba se queda San Francisco Xavier. Pero no se queda solo. Porque con él ha quedado algo nuestro. Algo que no acertamos a exteriorizar, algo que nos pertenece y que es maravilloso quizá precisamente por eso.

EDUARDO MAULEON
(Del C. D. Navarra)